

Broncano, Fernando (2020). *Conocimiento expropiado. Epistemología política para una democracia radical*. Madrid: Akal. ISBN: 978-84-460-4995-1.

Reseñado por: Juan Manuel Zaragoza Bernal. Universidad de Murcia.

Recibida: 08/04/21. Aceptada: 08/04/21

Hay veces que, al leer un libro, creemos entrar en un pequeño jardín, donde todo está organizado de forma tal que nunca perdamos de vista el horizonte. Otras veces, sin embargo, la escritura se torna salvaje y, en vez de un jardín, lo que encontramos es un bosque. Con sus sendas umbrías, que transcurren entre los árboles, atravesadas por las trochas del ganado o de los animales salvajes que lo pueblan. Esta última es la sensación que tiene el lector del último libro de Fernando Broncano, la de encontrarse, repentinamente, en medio de una arboleda, persiguiendo una presa escurridiza y apenas vislumbrada. Sin embargo, y este es el mérito del autor, cuando lo terminas descubres que ninguno de los pasos que has dado para alcanzar tu destino ha sido innecesario. Y esto, en un libro de más de 400 páginas, es todo un logro.

El libro se divide en tres partes. En la primera, compuesta de cuatro capítulos, el autor nos presenta su tesis principal: el conocimiento es una parte central de la estructura social y la epistemología un aspecto fundamental de la modernidad. Una idea que ya se encuentra en el libro de Steven Shapin y Simon Schaffer *Leviatán y la bomba de vacío* (Shapin & Schaffer, 2005), fundamental para los estudiosos de la ciencia, pero mucho menos citado en el área de la filosofía política.

Broncano presenta la modernidad como un proyecto epistémico nacido de un fracaso: el del humanismo, cuyas ansias de libertad se ahogan en la sangre derramada durante las Guerras de Religión. A partir de este descalabro se originaría una «reacción a la derrota del posibilismo», que resultaría revolucionaria. Es lo que conocemos como modernidad o pensamiento ilustrado.

Una modernidad articulada alrededor de una promesa que tendría dos caras: por un lado, se garantiza la seguridad gracias al pacto político (este es el papel de Hobbes), y por otro se garantiza la posibilidad de conocimiento cierto (este sería el papel de Descartes), que nos emanciparía de la sujeción a los designios de la naturaleza. Esto es lo que Broncano llama, de forma muy certera, la *anomalía de lo humano*.

Las consecuencias de este descubrimiento, de esta anomalía, conforman toda la modernidad y atraviesan las filosofías de Hume, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche... hasta el punto de que casi podríamos decir que el proyecto moderno no es otra cosa que el intento de «hacerlo funcionar». De que todo encaje con esa *anomalía*: que sólo el ser humano tenga capacidad de agencia. Si se atreve, eso sí –y esta es la provocación kantiana–, a conocer. Es por eso, señala Broncano, que toda epistemología es política, ya que el proyecto moderno se derrumbaría como un castillo de naipes si no fuera por esta *división del trabajo*.

La segunda parte del libro se centrará, durante tres capítulos, en explorar las implicaciones de esta propuesta. Para ello, tras dedicar los últimos dos capítulos de la primera parte a hacer un recorrido por los últimos cincuenta años de historia de la epistemología analítica, introduce los conceptos de injusticia epistémica y el de epistemología de la resistencia. Traer este debate a España es, posiblemente, uno de los grandes méritos del libro. ¿De qué hablamos cuando hablamos de injusticia epistémica? El término, acuñado por Miranda Fricker en 2007, designa aquellas situaciones en las que «a wrong [is] done to someone specifically in their

capacity as a knower» (Fricker, 2007, p. 1). Se aleja así de quienes la interpretan como una forma más de injusticia distributiva, esta vez respecto a bienes epistémicos como la información o la educación.

Fricker se centra en dos tipos concretos de injusticia: la injusticia testimonial (aquella en la que el oyente pone en duda, debido a sus prejuicios, la capacidad del hablante de dar un testimonio cierto) y la justicia hermenéutica (previa a la anterior, consiste en la existencia de un vacío en los recursos interpretativos de un colectivo que pone a alguien en una posición de desventaja a la hora de interpretar sus experiencias sociales). Broncano no sólo da cuenta del análisis de Fricker, sino que explica de forma exhaustiva el tránsito producido desde una epistemología analítica de corte tradicional a esta nueva corriente que, sin abandonar las herramientas desarrolladas por la generación previa, sí han introducido un interés por la justicia y la política que en ellos se encontraba ausente. Y, sobre todo, un cambio en el objeto de atención, que ya no es el sujeto individual sino una comunidad de individuos (Broncano, 2020, p. 207).

Broncano complementa las tesis de Fricker con las contribuciones del libro *The Epistemology of Resistance*, cuyo autor, José Medina, introduce conceptos tan influyentes como los de *héroe epistémico*, *ignorancia activa* o *resistencia epistémica* (José Medina, 2013). Broncano hace buen uso de esta obra, resultando especialmente brillante su análisis de la producción organizada de ignorancia como una de las formas de injusticia epistémica que tiene, además, una finalidad concreta al servicio del sistema: garantizar su reproducción.

Estas lagunas de conocimiento son dispositivos componentes estructurales de la sociedad que tienen funciones sistémicas: ayudan a reproducir la sociedad existente y sus formas de dominio (Broncano, 2020, p. 290).

La tercera parte del libro, dedicada a exponer la idea de una democracia epistémica, resulta, con mucho, la más vibrante. La propuesta de Broncano, con claras resonancias mertonianas, pasa por entender el conocimiento como un bien común y la democracia como la mejor forma de gestionarlo. Su defensa contundente y razonada de ambos principios no deja a nadie indiferente, y si el análisis del primero es pormenorizado, la exposición del segundo es apasionada y brillante. El último capítulo del libro es de largo el mejor de todos, al menos en mi opinión. Posiblemente el más corto, pero también el más certero, Broncano nos lleva desde la antigua Grecia, donde asistimos a ese acto fundacional de la filosofía occidental que fue la condena de Sócrates, hasta las críticas actuales a la democracia realizadas por aquellos que entienden que países con sistemas autoritarios tienen una ventaja competitiva respecto a las democracias. Y lo hace, además, trazando la continuidad existente entre ambos: sabemos que Platón (y tal vez Sócrates) estarían de acuerdo con los segundos, ya que las raíces de la *epistemocracia* se encuentran en la propuesta platónica del *rey filósofo*. No me cabe duda de que Platón estaría del lado de los que reclaman, hoy mismo, la necesidad de un capitán para un país que, según dicen, va a la deriva.

Frente a esta tradición autoritaria, Broncano rescata la que, coincido con él, es la propuesta democrática más interesante y radical de la filosofía del siglo XX: la democracia como un experimento inacabado, de John Dewey. Y es en la propuesta del filósofo de Vermont donde Broncano toma impulso para realizar una defensa de la democracia vinculada a las ideas de experiencia y comunidad. No sólo como algo con un valor «en sí mismo», sino como *la mejor forma posible* de gestionar el conocimiento, ese bien

común. Y aquí vuelve a ser relevante el ejemplo de la democracia ateniense, que fue capaz de detener al mayor de los imperios (el persa) y de influir en su contexto geopolítico durante años, gracias a su capacidad de gestionar innumerables saberes. Que Temístocles, el vencedor de Salamina, fuese hijo de un inmigrante no es una casualidad. Atenas, con sus muchos fallos e imperfecciones, sigue presente en todas nuestras reflexiones sobre la democracia.

El libro de Broncano resulta fundamental, sin lugar a dudas, por esta defensa radical de la democracia, pero aporta otros muchos aspectos llamados a formar parte de nuestros debates en los próximos años. Al mismo tiempo, sin embargo, no dejo de tener la sensación de que, posiblemente, el libro hubiera sido mucho más efectivo si se hubiera centrado más, si se hubieran desbrozado los caminos y marcado las sendas. Si se hubieran cubierto las trochas y reconfigurado el terreno. Resulta difícil, muchas veces, seguir al autor y partes del libro resultan redundantes. Se echa aquí en falta una labor de edición más exhaustiva, que también resulta evidente en las múltiples erratas que pueblan el texto. No se trata de corregir algunos errores ortotipográficos, sino de casos en

que una misma cita se repite de una página (240) a otra (242) y que, como añadido, repite la misma frase dos veces dentro de la misma cita. Estos errores deberían corregirse de cara a una segunda edición.

Nada de esto resta valor, en todo caso, a la obra de Fernando Broncano, a la que seguro recurriremos más de una vez a la hora de defender la mejor forma de cuidar lo común que hemos sido capaces de darnos, aunque sea, también, la más frágil. Para defender la democracia, en definitiva, de una forma radical.

Referencias

- Broncano, F. (2020). *Conocimiento expropiado. Epistemología política en una democracia radical*. Akal.
- Fricker, M. (2007). *Epistemic injustice: Power and the ethics of knowing / Miranda Fricker*. Oxford University Press.
- José Medina. (2013). *The epistemology of resistance: Gender and racial oppression, epistemic injustice, and resistant imaginations*. Oxford University Press.
- Shapin, S., & Schaffer, S. (2005). *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Universidad Nacional de Quilmes.

Fernández-Savater, Amador (2020). *Habitar y gobernar. Inspiraciones para una nueva concepción política*. Editorial NED (Nuevos Emprendimientos editoriales). ISBN: 9788418273032

Reseñado por: María García Pérez. Universidad de Granada.

Recibida: 08/04/21. Aceptada: 08/04/21.

Hay, al menos, dos modos de leer un libro. Uno, claro, es el modo tradicional: leemos de inicio a fin esperando que en el principio se nos ofrezca una introducción al tema, una especie de idea premisa que guíe la lectura posterior; luego, un desarrollo de la misma en el grueso del texto donde, además, se exploran los matices y las implicaciones; y, por fin, un último capítulo a modo de conclusiones en el que aquella idea primera queda, por así decirlo, reforzada. Este modo de lectura constituye una suerte de esquema axiomático por el cual se parte de una especie de verdad afirmada de antemano que posteriormente se va demostrando a través de diversos argumentos en torno a ella, con el objetivo de extraer un resultado en que dicha máxima introductoria alcanza su confirmación. ¡Un primer principio del que derivar todo lo demás! ¡la jerarquía de la Idea! ¿No es este el modo de pensar que ha atravesado toda la Historia de Occidente desde Platón? Gilles Deleuze puso nombre a esta estructura que nos organiza de forma soterrada: un árbol, un sistema arborescente en el que de la Idea crecen filiaciones que dan la falsa impresión de multiplicidad, de diferencia. Frente a esta jerarquía preñada de identidad, Deleuze sitúa el rizoma: germinación masiva en horizontal que tiende líneas de fuga y que, así, genera verdadera diferencia. Este es el modo de acceder que creo más adecuado para la obra de Amador Fernández-Savater que aquí

reseñamos. Como quien tira una piedra a las aguas mansas para hacer crecer círculos concéntricos en torno al primer impacto, la idea principal se encuentra en el medio del libro. Una idea que es idea-fuerza en un sentido muy preciso: quiere crear ondas expansivas, hacer vibrar, propagarse. Ondas que, ellas mismas, constituyen nuevas «pedradas» que crean más y más ondas hasta perder ese centro en una multiplicidad de agitaciones que valen por sí mismas, de elementos diferenciales que se conectan disyuntos afirmando una potencia que altera a quien lee: imágenes, situaciones, historias, acontecimientos, conversaciones, pensadores (Benjamin, Agamben, Badiou, Foucault, Gramsci, Rancière, François Jullien, Rozitchner, Glucksmann o Segato), etc.

Amador siempre ha pensado la tarea filosófica de forma situada, esto es, respondiendo a problemas concretos, a problemas que nos afectan y nos afectan colectivamente. En este sentido, para Savater la Filosofía no es o no debería ser una colección de ideas abstractas que no tocan el suelo del presente, que se habrían dado a lo largo de la Historia y que se repiten desde una suerte de erudición elitista engordando currículums académicos. Esto es lo que produce la arborescencia: de un lado, coloca a cada pensador en el lugar propicio de un canon académico y de una jerarquía en la institución filosófica; de otro, hace que las ideas cobren una abstracción que no llega a morder la

realidad (o la realidad a morderlas a ellas para hacerlas germinar y crecer). La Filosofía debe ser *Filosofía pirata*: una actividad que, a su juicio, se inicia por fuera de la filosofía ya constituida, de sus conceptos canónicos. Un modo de pensar que ha de arrancar desde problemas extrafilosóficos o previos a su conceptualización filosófica. De ahí que se proceda a su abordaje: abordar la filosofía como los piratas abordaban un barco cargado de tesoros, es decir, por la fuerza, en este caso, por la fuerza de los problemas que nos afectan y nos mueven, que mueven el pensamiento, pero también a los cuerpos. Por eso, en este libro los filósofos se mezclan con las situaciones y con los amigos, con las conversaciones y con las experiencias vividas.

Filósofo pirata, Amador golpea el árbol para crear ese centro centrífugo, centro descentrado o urdimbre rizomática que nos hace transitar por una multiplicidad de lugares inesperados, pivotando al rededor de los matices de lo que él denomina *paradigma de gobierno* y *paradigma del habitar*. Gobernar o habitar, poder estabilizante o potencia dislocadora: ahí se juega la posibilidad de dotarnos de una nueva mirada en torno a la *revolución* y, por tanto, en torno a un nuevo *nosotros*, una nueva forma de entender al *enemigo*, la *organización*, la *estrategia*, las *tácticas* o el *conflicto*, términos que dan nombre a los capítulos del libro. Pero, para ello, Fernández-Savater tiene que proceder, como decimos, trastocando la mirada, también la suya. Devenir *niño perdido* y colocarnos en ese enfoque. Niños perdidos que parten de la más absoluta de las vulnerabilidades, de la impotencia y del desconcierto. Niños que, por serlo,

nada pueden, pero que, también por serlo, están en condiciones de inventar, de crear nuevos juegos, nuevas reglas. De desorganizar y romper, de llorar hasta acabar riendo, de reír hasta contagiar a los demás con sus risas. Niños que, por serlo, nada saben pero que, por eso mismo, están en condiciones de reinventar el saber, de reinventarlo todo. ¿Quiénes son? Es otra forma de nombrar ese 99% del que hablaba el 15M.

La cuestión de los niños perdidos concuerda además con otra característica de la obra. Porque se podría decir que no hay ahí un sólo autor, un sujeto-autor, un padre-escritor hablando desde un púlpito-libro a los lectores. Al contrario, el libro es absolutamente abierto, una invitación a revolver las piezas del tablero y a reinventar los caminos previstos, los movimientos dispuestos. En concreto, el tablero compuesto y organizado por el *paradigma de gobierno*, por la representación del poder político y por el pensamiento en torno a la revolución que sólo encuentra en ella la ganancia de eso precisamente, de representación y de poder. Habitar no es gobernar en la medida en que no se pretende ahí que las fuerzas confluyan y se acomoden a un modelo y una meta predeterminadas. Habitar no es gobernar porque no se trata de encontrar identidades que representen, porque no se trata de volver a establecer jerarquías de mando. Porque, en definitiva, no se sustituye un poder por otro dejándonos, de nuevo, en la impotencia. Al contrario, habitar es acompañar y devenir con una fuerza destituyente capaz de hacer emerger una nueva forma de relación, de concepción y de praxis de lo político.

Para profundizar en la posibilidad de ese nuevo *paradigma del habitar*, en la obra se propone una valiosa reflexión en torno al tiempo y la memoria. *Reimaginar* supone allí recrear el pasado encontrando en él fuerzas vivificantes que sirvan para el presente y el futuro: pretéritos que se des-congelan para traernos porvenires abiertos. En este sentido hay algo de Walter Benjamin atravesando todo el libro: *Iluminaciones*, palabra para interrumpir el ciclo de la dominación impuesta en el *paradigma de gobierno*. Ese Benjamin que influyó fuertemente en algunas ideas centrales de Giorgio Agamben, por cierto, citados ambos en el libro. Y de ahí esa *potencia destituyente*, así como la distinción entre poder y potencia. Desplazamiento del *gobernar* hacia el *habitar* en el que Savater perfila la articulación entre una afirmación creadora, primera y gestante respecto de lo instituido, y una negación, un dique o *veto* que Raquel Gutiérrez describió con ocasión del 25S, y que se establece frente al poder ensimismado y sus dinámicas de exclusión, violencia y desigualdad.

Ahora bien, ese *nosotros* sublevado, que afirma y que frena, que crea y destituye, esos niños-99%, es distinto al «sujeto revolucionario» clásico, siempre delimitado frente a un «ellos», a un otro-enemigo. Encontramos, así, otro nudo de encuentros disyuntos en el que destaca la entrevista a Juan Gutiérrez, de la Asociación 11M Afectados por Terrorismo y de la Red Mundial de Afectados por Violencia Política. Gutiérrez pone sobre la mesa la posibilidad de «políticas sin construcción del enemigo» para que sea «posible afectar, tocar al otro, hacer un

engarce con él» (p. 171). Siguiendo esa línea, la entrevista a Ali Abu Awwad, palestino implicado en el Círculo de Padres y que, con una historia durísima a sus espaldas, es capaz de hablar de la «fuerza de la resistencia no violenta» (p. 181) como única vía eficaz para la construcción y la consolidación de la paz y la libertad más allá del odio y las armas, de las víctimas y los victimarios.

A esta altura es inevitable referirse también al análisis de Amador sobre Lawrence de Arabia, un general inglés que deviene, que se transforma a su contacto con la multiplicidad de tribus árabes, todas ellas heterogéneas entre sí, para hacer frente a los turcos. Se trata de dejar a un lado la lógica guerrera para asumir las propias debilidades como palanca, es decir, convirtiéndolas en fuerzas: la fuerza de la dispersión, del cuidado de los otros y de la aspiración a la libertad. Esto último resulta importante porque, como dijimos, no se trata de ganar para sustituir un mando por otro (en el caso de Lawrence, el de los turcos por el de los ingleses), sino de alcanzar una afirmación de la propia vida, de una vida feliz donde las decisiones que afectan al común se toman en común, parafraseando al historiador Valerio Romitelli, otro de los entrevistados en el libro a propósito, esta vez, de la experiencia de los partisanos.

Todo esto tiene que ver, desde luego, con esa *fuerza vulnerable* de la que Amador ha hablado en otros lugares. Los árabes aplastados por los turcos o los partisanos en medio de la ocupación nazi son imagen, renovada en las letras del libro, actualizada en su (im)potencia, de un malestar que, en lugar de victimizarse, planta cara. *Fuerza*

vulnerable que propicia lo que Jacques Rancière, también entrevistado en el libro, llama otro «reparto de lo sensible» (p. 148), en el cual al otro-enemigo no se le vence por oposición hostil, a base de golpes estratégicos, sino «privilegiando la diferencia de formas de pensamiento, de vida y de acción» (p. 143), esto es, en la acción que hace emerger procesos subjetivadores que trenzan lo individual y lo colectivo en el horizonte de la igualdad. Por tanto, proceso de subjetivación que las más de las veces no pasa por la espectacularidad de los grandes tumultos. Aquí, otra línea de fuga más, esta vez por boca del sinólogo y filósofo François Jullien, quien, a través de una perspectiva oriental, expone su idea de las «transformaciones silenciosas» (p. 243), esas microtransformaciones o desplazamientos menores que se producen en cada uno, en su forma de mirar el mundo y en su forma de actuar y de vivir en él, y que son condición de posibilidad de cualquier transformación mayor.

En suma, Amador, en este crisol, pone en valor *lo menor*, aquello menor que, decía Deleuze, no tiene que ver con el número, sino con la diferencia, con un deseo otro no apresado por el neoliberalismo capitalista ni por los dispositivos de poder generados en el vínculo entre aquél y las democracias contemporáneas. Un deseo otro para una revolución también otra, donde las derrotas no sean fuente de angustias, impaciencias y frustraciones depotenciadoras, sino lugares para detenerse a cuidar aquello que se abrió en el acontecimiento emancipador, aquello que nos hizo devenir otros, allá donde «somos y no somos lo que somos» (p.

384). Apertura permanente a posibles alternativos que nos hace imaginarlos y experimentarlos en el común, de forma colectiva y, a la vez, situada.

Cierra a modo de epílogo, si es que se puede hablar de cierre en este libro, una bellísima entrevista de Amador a Rita Segato. Reflexión en torno al feminismo, la revolución y la pandemia. Términos que Segato conecta en el colofón de una «ética de la insatisfacción» para «ir pisando completamente a tientas en el terreno radicalmente desconocido que se llama futuro» (p. 377). A tientas, esto es, parafraseando al propio Savater, sin el recurso a vanguardias que planifiquen de antemano algún supuesto futuro ideal y completo. Pero armados en la retaguardia de los cuidados al acontecimiento, habitando sus grietas respecto de lo real impuesto, de los posibles acotados y convertidos en cárcel. Grietas de las que está plagado este libro difícil de reseñar, caleidoscópico y heterodoxo. Exquisito desborde, alboroto incontenible que parece urdido entre tiendas de campaña y asambleas, como recién sacado de la Puerta del Sol del Madrid de hace 10 años o de cualquier otra plaza de aquella *Spanish Revolution* que aún nos interroga y nos subvierte.

Angel, Katherine. (2021). *El buen sexo mañana. Mujer y deseo en la era del consentimiento*. Barcelona: Alpha Decay. ISBN: 978-84-122901-7-2

Reseñado por: Maria Medina-Vicent. Universitat Jaume I.

Recibida: 15/06/2021. Aceptada: 15/06/2021

Después de *Daddy Issues. La figura del padre en la cultura contemporánea* (Alpha Decay, 2020), Katherine Angel vuelve a lanzarnos un tema provocativo con su obra *El buen sexo mañana. Mujer y deseo en la era del consentimiento*, donde pone en duda el potencial de la cultura del consentimiento como fuente de satisfacción sexual, liberación y empoderamiento de las mujeres. Tomando como título de su última obra las palabras de Michel Foucault en *La voluntad de saber*, Angel trata de ponernos sobre aviso de una asunción generalizada: la certeza de que hablar sobre sexo equivale a liberación y que el silencio al respecto equivale a represión. En su obra, dicha autora tratará de poner en duda esta lógica discursiva tan presente en las sociedades contemporáneas, reflexionando sobre conceptos como el consentimiento, el deseo, la excitación y la vulnerabilidad.

Su primera parada se centra en los discursos «Sobre el consentimiento» (pp. 13-58), donde abre su reflexión exponiendo la que será la cuestión central a pensar en su obra, esto es, las contradicciones y riesgos que se derivan de una cultura del consentimiento basada en el autoconocimiento y la expresión verbal del deseo femenino. Parte pues de la identificación de los dos requisitos que se han establecido en el imaginario cultural actual para la consecución del sexo satisfactorio de las mujeres: consentimiento y autoconocimiento (p. 19), y aborda cómo estos dos requisitos se entretajan para configurar una realidad arriesgada para las mujeres en el campo sexual. Veamos cómo define Angel la cultura del consentimiento, eje central del libro:

En lo que llamaré «cultura del consentimiento» –la extendida retórica

que afirma que el consentimiento es la clave para transformar los males de nuestra cultura sexual–, la verbalización explícita de la mujer sobre sus deseos se exige tanto como se idealiza, se reclama impertinentemente como señal de progresismo político (p. 20).

En la cultura del consentimiento la mujer debe saber lo que quiere, pedirlo a su pareja sexual y consentirlo de forma explícita y verbal. Algo que a primera vista puede parecer sencillo y una pieza clave en el camino hacia la igualdad sexual entre mujeres y hombres, se nos muestra como un complejo constructo sobre el que cabe reflexionar, y que contiene tanto potenciales, como riesgos. Y es que, tal y como apunta Angel, verbalizar el deseo sexual no es una garantía del placer, y en muchos casos, no resulta sencillo saber qué es lo que se desea en cada momento, además de que esto puede cambiar repentinamente en función de la situación. Sumada a estas cuestiones, cabe tener en cuenta que el deseo de la mujer la hace vulnerable, porque en muchas ocasiones se utiliza en su contra. Por ejemplo, en los casos de violación, donde el historial sexual de la mujer y la expresión de su deseo son frecuentemente utilizados para «demostrar» que la violencia y la coacción han sido justificadas.

En este sentido, Angel enmarca la cultura del consentimiento dentro de la cultura de la confianza, y tomando algunas de las apreciaciones de Rosalind Gill y Shani Orgad (2015), apunta a los núcleos conflictivos de los que se nutre esta idea de la expresión del deseo femenino como vía para el empoderamiento. Y es que en dicha cultura, se alientan las cualidades

individuales de las mujeres y su asertividad, la capacidad de expresar, de hablar alto y tener coraje, cualidades que también son indispensables para el feminismo actual. Pero son estos mismos llamamientos para la expresividad los que pueden tener consecuencias en la vida y los cuerpos de las mujeres, algo que se deja de lado en estos discursos, demasiado centrados en una visión entusiasta, y poco consciente de las estructuras de dominación, del empoderamiento sexual. De hecho, «muchas veces las mujeres son castigadas por las mismas actitudes sexuales asertivas que se las anima a encarnar» (p. 32). Porque dicho empoderamiento y asertividad sexual a las que se empuja a las mujeres en la cultura del consentimiento, puede volverse en su contra, si no se atiende a la dimensión estructural y colectiva de la violencia y la desigualdad de género.

En este marco, Angel señala que antes de que se extendiese el discurso del consentimiento positivo, prevalecía el lema «no es no». Con el consentimiento positivo, el énfasis se situó en el acuerdo a la hora de mantener relaciones sexuales y en la importancia del sí. Cabe señalar que este discurso emerge y arraiga en la década postfeminista, centrada en el autoconocimiento y la aserción femeninas (McRobbie, 2009). En relación, autoras como Katie Roiphe y Laura Kipnis y Weiss ponen en duda el carácter progresista de una cultura sexual femenina que niega la capacidad de expresar sus deseos. Subrayan la fortaleza y la capacidad de las mujeres para negarse a realizar prácticas sexuales que no deseen. Estas autoras proponen el tema del «sexo insatisfactorio» y entienden que las mujeres deben aprender a asumir que esto les puede suceder de forma frecuente a lo largo de su vida sexual. No obstante, Angel apunta que estas posiciones tienden a situar la gestión de los riesgos que entraña cualquier relación sexual,

casi exclusivamente sobre los hombros de las mujeres, pasando por alto cuestiones estructurales como la mayor violencia que padece dicho grupo o el hecho de que en nuestra cultura ha existido un énfasis en la satisfacción del placer masculino. Falta, por tanto, determinar y explicitar qué condiciones son las promotoras de ese «sexo insatisfactorio», y es que, como apunta Angel: «El sexo insatisfactorio surge de unas normas de género en las que la mujer no puede buscar el sexo de forma igualitaria y en las que el hombre tiene derecho a la gratificación a toda costa» (p. 43).

Para terminar este capítulo, nuestra autora concluye en la necesidad de reconocer que no siempre sabemos lo que deseamos y que, si lo sabemos, este deseo no es inalterable ni inmutable. Además, apunta a una cuestión clave, y es que el problema del consentimiento entendido como un contrato puede llegar a ignorar el hecho de que las relaciones entre las personas no son equitativas, y que el consentimiento como única fuente de discernimiento de si el sexo es satisfactorio o no, puede llevar a una concepción completamente neoliberal del mismo. Por eso es necesario distinguir de forma fundamental el consentimiento del entusiasmo.

Una vez abordado el consentimiento, Angel se adentra en el segundo capítulo titulado «Sobre el deseo» (pp. 59-90). Parte de la concepción evolutiva que se le ha dado a las sexualidades masculina y femenina, situando en los hombres el impulso sexual frustrado que justifica la coacción a las mujeres (p. 60). Para comprender el inicio del camino hacia la búsqueda de la igualdad sexual entre mujeres y hombres, la autora nos retrotrae a la sexología de posguerra (años 50 y 60 del siglo XX en EEUU), cuando los sexólogos Williams Masters y Virginia Johnson se encargaron de estudiar las semejanzas entre la sexualidad de mujeres y hombres. Identi-

ficaron así un ciclo de actividad sexual supuestamente universal con diferentes etapas: excitación, meseta, orgasmo y resolución. Detectaron, además, analogías explícitas en el campo fisiológico y el deseo para hombres y mujeres. De este modo, se oponían en cierta medida a las lecturas neo-freudianas que pug-naban, por ejemplo, la represión del clítoris y la búsqueda de la maduración vaginal como cimientos de una femi-nidad correcta. Pero uno de los pro-blemas centrales que se derivó de la identificación del HRSC (siglas en inglés del ciclo) fue el hecho de que aquellas mujeres que no desarrollaban o interrumpían las diferentes etapas de las que se compone el ciclo, se las diagnós-ticaba como disfuncionales sexuales.

En este marco de investigaciones que trataban de demostrar una cierta igualdad entre la sexualidad de mujeres y hombres, cabe introducir el tema del deseo, en concreto, la idea de que el deseo es menor en la mujer debido a las diferentes necesidades o inquietudes que esta tiene respecto al hombre. En este sentido, son muchas las lecturas que se han elaborado sobre esta premisa, entre ellas, a destacar la de Rosemary Basson, quien apuntó a la posibilidad de que, en el caso de las mujeres, se experimente primero la excitación y después el deseo, y no al revés (como se suele atribuir a los hombres). Es decir, es posible que las mujeres atiendan más a las condiciones sobre las que se da la relación, la seguridad, la confianza, la dinámica de poder, etc. que a otras cuestiones. Este componente contextual del deseo resulta, desde el punto de vista de Angel, vital para activar el deseo sexual en las mujeres. En cierto modo, la autora está atacando el modelo del deseo receptivo que ha sido asignado a las mujeres y proponiendo una reflexión importante, y es que, si la hetero-sexualidad masculina encaja mejor con la idea del impulso biológico es porque se dan las

condiciones culturales para su promoción, mientras que la sexualidad femenina se fiscaliza y castiga de forma reiterada, teniendo que atender las mujeres de una forma mucho más concisa al contexto y las condiciones en que se producen las relaciones sexuales.

En el tercer capítulo de la obra titulado «Sobre la excitación» (pp. 91-118), Angel introduce la cuestión de la excitación sexual femenina y cómo es leída socialmente. Así pues, parte de la siguiente premisa: si las mujeres no son capaces de expresar de forma clara su deseo sexual, entonces, ¿cómo se sabe que tienen dicho deseo? La respuesta se encuentra en las reacciones físicas y corporales de dichas mujeres, por ejemplo, en la lubricación vaginal. De hecho, tal y como apunta la autora, el hecho de que una mujer tenga dicha reacción fisiológica en el momento de una agresión, se ha utilizado en juicios por violación para invalidar a la víc-tima. Por tanto, podemos identificar fácilmente que se produce una asociación irremediable entre las reacciones físicas del cuerpo y el deseo sexual de las mujeres, de forma ciertamente reduccionista. Angel trata de ampliar esta cuestión, aludiendo que las reaccio-nes físicas son solamente esto, «reaccio-nes». Es decir, que hay una diferencia y distancia entre la excitación genital y la sensación subjetiva de excitación que pueda tener una mujer: «las reacciones de sus cuerpos no se corresponden con lo que dicen sentir» (p. 94). Así pues, la excitación genital no aporta información completa sobre la sensación subjetiva de las mujeres respecto a su excitación y deseo sexual, inferir lo contrario resultaría equivocado y puede ser utilizado con fines violentos y coactivos contra dicho grupo.

Angel termina su reflexión con un alegato «Sobre la vulnerabilidad» (pp. 119-144). En la última parte de la obra, la autora trata de subrayar una visión del

sexo, no solamente como algo excitante y satisfactorio, sino como algo que atañe a nuestros miedos más profundos, a nuestras inseguridades. Algo que nos vuelve vulnerables, porque el miedo y la amenaza también forman parte del sexo y del erotismo, ignorar esto puede resultar contra-productivo. Al mismo tiempo, apunta que resulta más que lógico que tengamos a poner límites y que, como mujeres, tengamos reparos hacia la vulnerabilidad y la receptividad, esto es debido a las numerosas experiencias de violencia que hemos sufrido. Y es que renunciar a tener el control en el seno de una relación sexual es algo arriesgado en el marco de las relaciones de poder actuales.

La autora pone en valor las negociaciones, las conversaciones, más allá del consentimiento, la apertura hacia los demás, a su deseo, y al nuestro: «Recibir el deseo de otro, sorprenderse ante el deseo de otro, es un ejercicio de confianza mutua y negociación del miedo» (p. 126). También señala que resulta igualmente necesario reivindicar la vulnerabilidad de los hombres en el sexo, ya que, en su caso, el fracaso sexual también se evidencia de forma clara en dos cuestiones: la capacidad de mantener una erección y la eyaculación. La presión también está presente para ellos a la hora de mantener una relación sexual, por tanto, resulta necesario para ambas partes subrayar que la falta de poder no es un fracaso, y que en el sexo, todos estamos a merced de alguien, esto implica reconocer su y nuestra vulnerabilidad, los deseos que tenemos de reconocimiento por parte del otro. Porque, tal y como apunta el teórico Leo Bersani (1987), resulta imposible controlar el mundo más allá del yo, en el sexo, nos volvemos infantiles, dependemos del otro, estamos indefensos en la búsqueda del goce mutuo.

En conclusión, Angel afirma que el deseo sexual femenino es, en cierta medida, incognoscible. Pero afirmar esto

puede acarrear problemas, ya que podemos sentirnos coaccionadas a hacer algo que realmente no deseamos, por no saber con certeza qué es, o por miedo a las sanciones sociales que el reconocimiento de lo que realmente deseamos pueda traernos más tarde. En este sentido, la reivindicación de unas relaciones sexuales donde se acepte que somos seres vulnerables puede ser un paso para poner el acento en las conversaciones y negociaciones, en afirmar que nuestros deseos remiten a los de las otras personas, o adquieren sentido en las relaciones que con esta/s establecemos. Comprender qué es lo que queremos y estar dispuestas a responder a los cambios que se den en dicho deseo, porque por lo que se refiere al sexo, nada es inalterable.

Referencias

- Angel, Katherine (2020): *Daddy Issues. La figura del padre en la cultura contemporánea*. Barcelona: Alpha Decay.
- Bersani, Leo (1987): "Is the Rectum a Grave?", *October*, 43, 197-222.
- Foucault, Michel (2002): *La voluntad de saber*. México DF: Siglo XXI.
- Gill, Rosalind y Shani Orgad (2015): "The Confidence Cult(ure)", *Australian Feminist Studies*, 30(86), 324-344.
- McRobbie, Angela (2009): *The Aftermath of Feminism: Gender, Culture, and Social Change*. London: Sage.